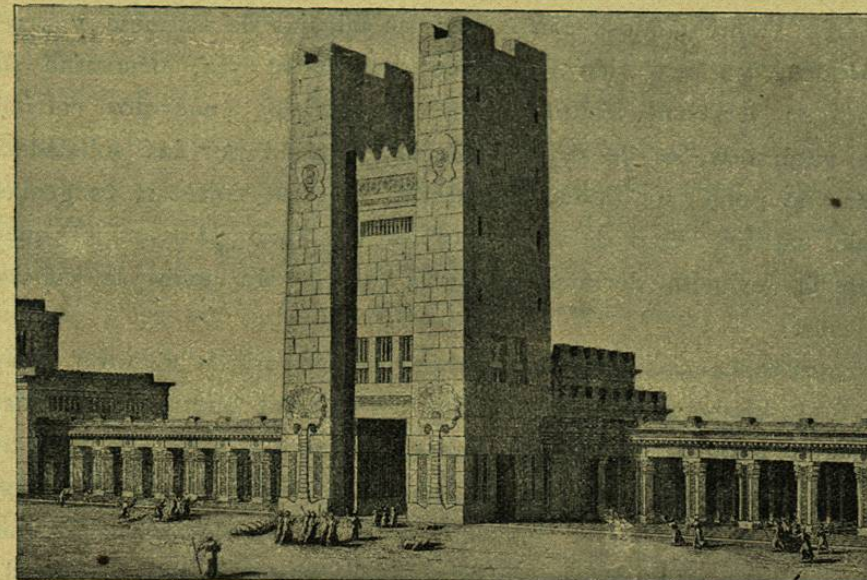


conducidos por los Fenicios, á poblar todas las partes del mundo conocido, abarcan ya por el pensamiento el conjunto del universo y prevén el día en que los hombres, venidos de las comarcas más lejanas, se reunirán alrededor del templo de Jerusalén para adorar el Dios de todos los hombres, no por fórmulas vacías de sentido, sino en verdad, es decir, en la perfecta conciencia de lo que es justo y bueno.

De ese modo, bajo la acción del tiempo, con sus evoluciones políticas y sociales, los que pensaban en Israel, pero que no obstante, no osaban romper la cadena que les retenía ligados á la personificación divina de su Creador, Conservador y Salvador, llegaron á la concepción de un solo Dios: había nacido el monoteísmo, y, naturalmente, los que le habían dado vida no podían imaginarse que en todo tiempo y en todas partes había prevalecido la misma idea relativamente al mundo sobrenatural.

Yahveh, el dios geográfico de las Doce Tribus, se separó de todos los otros dioses locales y se confundió con El, el antiguo Elohim, el dios, ó por mejor decir el conjunto de las divinidades que los pastores hebreos habían adorado durante su existencia de nómadas: el nombre de Yahveh-Sabaoth (Esebaoth), que prefieren los profetas, implica esta asociación colectiva de todas las fuerzas divinas en un solo ser soberano. Las antiguas leyendas y los documentos sagrados que se fijan en esta época de la historia judía son forzosamente diferentes de los de los períodos anteriores; representan una nueva forma del pensamiento. Así es como los escritores imparciales transportan en la comprensión del pasado todas sus impresiones modernas.

Pero ese monoteísmo, cuya concepción se había desarrollado claramente en los profetas judíos, distaba mucho de haber formado una sociedad á su imagen, organizada según los deseos de los innovadores. No habiendo aún la justicia y la moral fijado su punto de apoyo donde únicamente pueden hallarle de una manera definitiva, es decir, en el fuero interno del individuo, los profetas habían de trabajar con todas sus fuerzas en la creación de un Estado teocrático, que impusiese á todos la justicia y la verdad, porque el monoteísmo que profesaban y la certidumbre de conocer el solo



TEMPLO DE SALOMÓN RECONSTITUÍDO

«Un templo pequeño para un pequeño pueblo». (Gobineau)

Dios, el Dueño absoluto, les infundían una perfecta intolerancia religiosa, una intolerancia de que fueron los primeros introductores en el mundo (Renan, von Ihering). Las 613 leyes del Talmud se sobrepusieron á las otras obligaciones que pesaban ya sobre el hombre del pueblo. «Los Judíos fueron los inventores de una sumisión envilecedora á esos dos monstruos ficticios: la Patria y la Ley; tantos hombres, otros tantos esclavos»¹.

No obstante, agolpábanse demasiados enemigos á su derredor para que pudiesen conquistar el vicariato divino á que aspiraban: los milagros que pedían se hicieron esperar inútilmente de siglo en siglo; no quedaba, pues, á los hambrientos de justicia y de virtud más camino que seguir que suicidarse de desesperación ó resignarse. No pudiendo separar las iniquidades de este mundo, los que con sinceridad de corazón deseaban la justicia se pusieron al lado de los pobres voluntarios: aceptaron, como Job, vivir en un

¹ Gobineau, *Essais sur les Races*.

estercolero, ó, á ejemplo de Lázaro, se sentaron á la puerta de los ricos, contentándose con comer las migajas de su mesa y prometiéndose ya una vida futura en que, á su vez, ocuparían su puesto en el eterno festín. Otros desgraciados benévolos volvían á la naturaleza, es decir, al desierto: erraban por las soledades, comían lo poco que podían encontrar, hierbas, cortezas, langostas y miel salvaje. Uno de esos errantes fué Juan Bautista, el que, según la leyenda, derramó el agua del Jordán sobre la cabeza de Jesús.

Unas influencias religiosas de muy lejano origen vinieron también á mezclarse á las que ejercían los pueblos limítrofes, Asirios, Egipcios, Fenicios, y que se habían desarrollado de una manera original en la población oprimida, elevando hacia su dios lamentos de desesperación. Así el dualismo persa, reproduciendo bajo una forma concreta el eterno conflicto humano entre el bien y el mal, se halla diseminado en la religión de los Judíos con los caracteres precisos que ostenta en las enseñanzas de Zoroastro. El libro de Job habla de un Satán que «se pasea sobre la tierra» para buscar en ella hombres que pervertir y luchar de potencia á potencia contra el otro dios, el del Bien; es un Ahriman disputando á un Ormuzd la posesión de las almas humanas. Puede dudarse también si las dos montañas de Ebal y de Garicim que dominan Sichem, la antigua capital de Israel, la Nablus de nuestros días, simbolizan dos potencias hostiles del bien y del mal. Á plazos fijos, los sacerdotes y adivinos de la ciudad se dividían en dos bandas, para subir, unos á la montaña del Norte, Ebal, otros á la del Sud, Garicim, y desde abajo se oían las voces de los magos, que se cruzaban en el aire, de un lado para maldecir la ciudad, de otro para atraer las bendiciones de lo alto, haciéndolas descender en suave rocío sobre los habitantes. No hay duda que los invocadores de la bondad divina deben fingir el triunfo sobre los maldicientes; pero quizá continúe oprimiendo los espíritus cierto temor, y en el viento que susurra sobre los olivos no cesa de oirse el conflicto eterno entre el temor y la esperanza.

Pero al otro lado de las mesetas de la Ariania, otro Oriente tan lejano que apenas era conocido su nombre, la cuenca de los

«siete ríos» y el de la Ganga se habían convertido en focos de propaganda religiosa, cuya acción debió ejercerse por contacto individual hasta sobre las orillas del Mediterráneo. Puede admitirse como muy probable que no hubiese relaciones directas entre los santos budistas y los profetas del pequeño pueblo semítico, pero el «vehículo» que los regeneradores indus habían tomado por símbolo llevó rápidamente las ideas del Budha fuera de la India, y las poblaciones de las riberas mediterráneas oyeron ciertamente su eco. Y cuando la ciudad de Tiro fué tomada por Alejandro y la influencia helénica hubo adquirido la preeminencia en toda el Asia anterior, el mundo judío, penetrado ya de las concepciones religiosas del Oriente y del Egipto, se abrió igualmente á la filosofía de los sabios occidentales; se halló preparado para la obra de transformación de donde había de salir el cristianismo.

De ese modo la evolución moral de los Judíos había acabado por representar el conjunto del movimiento realizado ya en todas las comarcas circundantes; sin embargo, las consecuencias de ese estado de cosas guardarían su carácter local y no hubieran producido revolución en los destinos comunes de la humanidad, si el pequeño pueblo de Israel hubiera quedado encerrado en su estrecho dominio conquistado sobre los Cananeos. Pero mucho antes que la dispersión de los Judíos fuese mandada por los reyes de Asiria, ya se habían esparcido por individuos, por familias y hasta por enjambres considerables en todos los países ribereños del Mediterráneo. Gracias al comercio fenicio, vehículo del elemento judaico, éste se había insinuado en todos los países del mundo perteneciente á la civilización occidental. Como las otras naciones de la Siria, los Judíos habían entrado por multitudes en la clientela de los ricos negociantes fenicios, y de generación en generación, gran parte de esos clientes siguieron á los aventureros mercaderes á las factorías extranjeras; unos voluntariamente, otros habían «emigrado» como esclavos y cautivos á los lejanos países, y habían constituido por todas partes pequeñas comunidades israelitas, que, en los períodos decisivos, debían recibir de rechazo el golpe de los acontecimientos sobrevenidos en la madre patria. Las palabras pronunciadas en Judea repercutieron en largos ecos en las mil Judeas secundarias que le servían como de

inmenso cuadro de armonía. Todas las condiciones se hallaban reunidas para favorecer el desarrollo del nuevo ciclo en la historia de la humanidad.

* * *

Desde las llanuras de Babilonia y los montes y valles sirios hasta las extensiones de la península árabe, las transiciones del relieve son insensibles y no se le podrían indicar límites precisos; sin embargo, la Arabia es en su conjunto una individualidad geográfica de las más determinadas. A través de ese istmo de un millar de kilómetros de ancho, que une la península al continente, entre el mar Pérsico y el golfo de Akabah, la línea de separación natural está indicada por el límite de las aguas vivas. Allí donde los manantiales se pierden en cuencas de evaporación, donde se secan los últimos canalículos de riego y donde las torrenteras no arrastran sino rara vez la ola salvaje, allí comienza la Arabia. Un sinuoso hemicíclo, que desarrolla su convexidad hacia el Norte alrededor del desierto de Ech-Cham, es una frontera real, más difícil de franquear para los ejércitos que muchas cadenas de montañas.

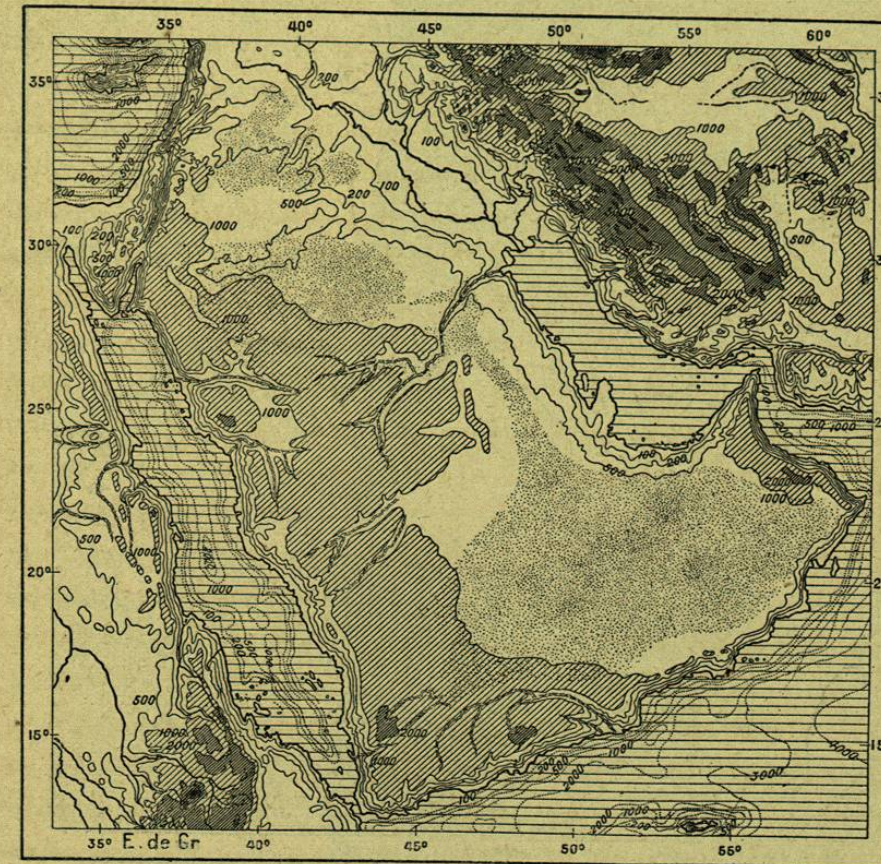
Sin embargo, la unidad de la Arabia, entre las demás comarcas de la Tierra, es puramente geográfica: tan maciza como África en sus contornos generales, más macizados aún, puesto que está recortada en forma de trapecio en ángulos apenas suavizados, esta enorme península se halla naturalmente dividida en países distintos que no han tenido sino escasas relaciones los unos con los otros, no presentan el carácter de un conjunto histórico. En ninguna época de la historia conocida ha habido Estado árabe que comprendiera toda la extensión del gran cuadrilátero. Por su forma y su historia, las dos penínsulas, anatólica y arábiga, presentan una gran analogía.

El fraccionamiento político de la Arabia proviene de la falta de cohesión climática y telúrica del interior. Los espacios desiertos inabordable dividen la comarca en dominios naturales diferentes donde

Zehme, Arabien und die Araber.

las poblaciones siguen cada una su particular destino; hasta donde las comunicaciones, aunque difíciles, pueden, no obstante, seguirse sobre largas extensiones, la multiplicidad de los obstáculos determina el fraccionamiento de la raza. Las mismas causas que impiden

N.º 122. Relieve de la península arábiga.



Curvas de altura y de profundidad de 100, 200, 500, 1000, 2000, 3000 y 4000 metros

1 : 25 000 000

0 500 1000 1500 Kil.

la constitución de un Estado en los límites naturales de la península han evitado también la conquista de este inmenso territorio por ejércitos extranjeros. Ningún documento histórico nos habla de un Sesostris, de un Ciro ó de un Alejandro que haya subyugado jamás las poblaciones de la Arabia, desde un golfo al otro golfo.

Se comprende que la población se halle muy dispersa en un país donde las lluvias son escasas, donde en un espacio seis veces mayor que Francia no corra quizá un arroyo permanente, donde ciertos macizos de montañas, como el Oman, se muestran absolutamente des-

N.º 123. País de Arabia.

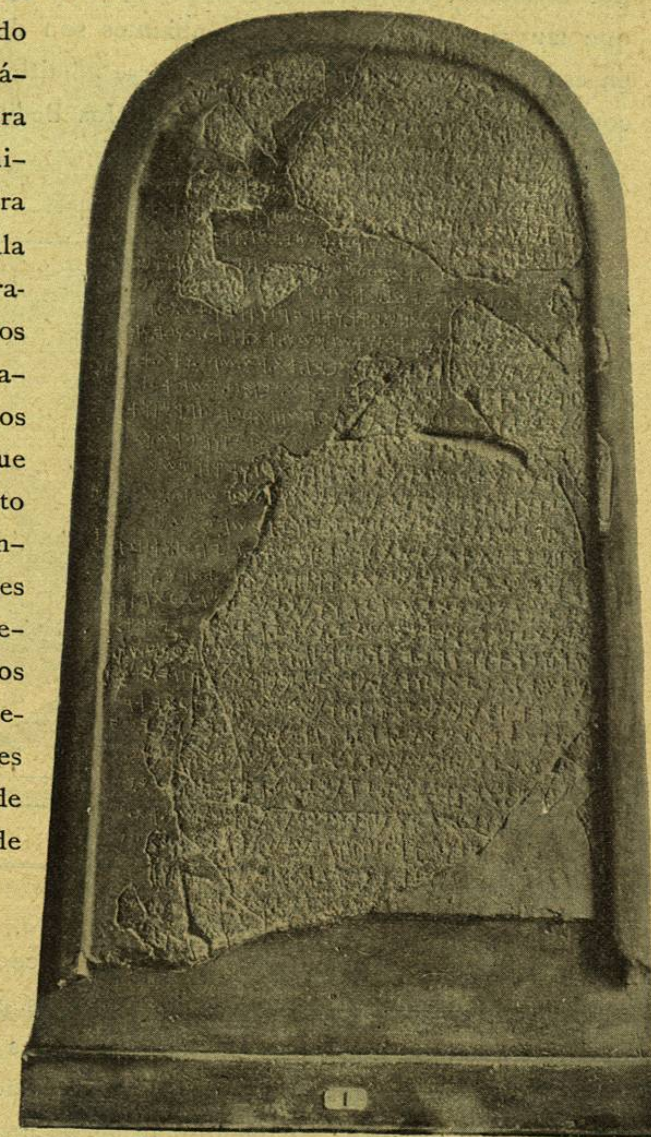


nudos, esqueletos geológicos sin ninguna tierra vegetal que revista las rocas: solamente una cima, el Djebel Akhdar, ha merecido su nombre de «monte verde», porque bajo las estrías de nieve que á veces aparecen, se muestran también algunas manchas de verdura que no tardan en ser abrasadas por el sol y por el viento.

Hay en Arabia vastas extensiones, especialmente en el Sudeste,

entre el país de Oman y el Dhofar, en la extremidad oriental del Hadramaut, donde no ha podido hombre alguno hallar su subsistencia, y que hasta las aves evitan cruzarle. Siendo la vegetación espontánea la condición primera de la vida para los animales superiores y para el hombre, éste se halla completamente desterrado de ciertos desiertos de arena móvil, demasiado anchos y penosos de atravesar para que pueda llevar el alimento suficiente; si se aventura en otras soledades ramificadas como estrechos entre los macizos habitables, no fija su residencia en esos «países de la sed». No puede permanecer en ellos de una manera duradera, transportando con frecuencia su tienda de un punto de agua á otro punto de agua, sino en la parte de la región donde ve brotar acá y acullá alguna fuente, donde hay lagos que reciben

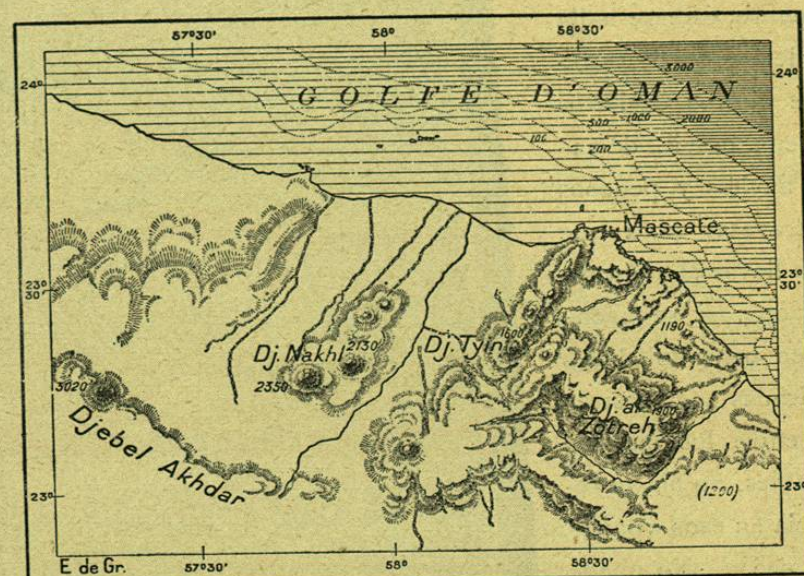
bastante agua de lluvia para no secarse pronto, donde se encuentra un poco del precioso líquido, cavando el fondo de las torrenteras y donde los ganados pacen un escaso césped en las cavidades húmedas.



Cl. Giraldon.
ESTELIO DE MESA, REY DE MOAB, HACIA — 850
RUINAS DE DHIBAN
Museo del Louvre.

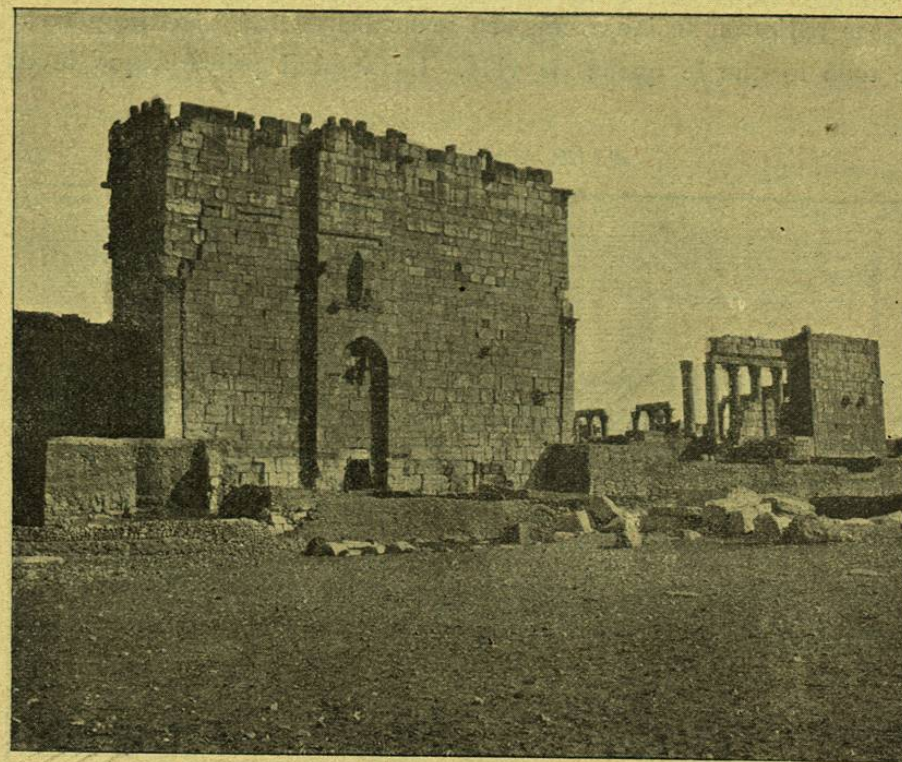
En tales comarcas el hombre sólo puede vivir en familias poco numerosas y su género de vida ha de ser previamente determinado por el medio, siendo absolutamente preciso que se acomode á él ó que muera. Las condiciones ambientes son de tal modo imperiosas en esas comarcas, que puede concluirse admitiendo una identidad casi completa de usos y costumbres entre los Beduinos de nuestros días

N.º 124. Territorio de Oman.



y los Amalecitas ó Agarenos que vivían hace tres mil años: por la observación directa de los nómadas actuales pueden describirse los que rodeaban las caravanas de los mercaderes entre Babilonia y Palmira ú otros mercados de la Siria antigua, hacia la cual convergían las pistas del desierto; solamente han hecho una gran conquista desde aquella época, puesto que poseen el caballo, y hasta una de las más nobles razas, criada por ellos con singular esmero. Pero peatón ó caballero, el «hijo de la Tienda» ha cambiado muy poco su género de vida, porque el desierto ha conservado alrededor de él su majestuosa grandeza y su aridez.

En primer lugar, el Beduino ha de haber practicado siempre la



Cl. Bonfils.

TEMPLO DEL SOL EN PALMIRA, ÉPOCA ROMANA

Oasis septentrional del desierto de Arabia.

De una fotografía.

sobriedad, el arte de sufrir sin quejarse, el hambre y la sed; la Naturaleza le enseña la fortaleza, la paciencia y el desprendimiento. Además, su vida sencillísima le ayuda á conservarse saludable física y moralmente. No conoce la enfermedad y no se deja dominar por la inquietud ni por la irresolución. Gracias á la inmensidad del espacio abierto ante él, cambia fácilmente de campamento: el aspecto de los terrenos y del cielo se le aparecía casi siempre el mismo, tanto si estaba en la proximidad del Eufrates, como del «Río de Oro» de Damasco. Las tribus se fraccionan por la menor divergencia de interés, por el más leve conflicto de opiniones; los hermanos se separan cortesmente para alejarse á habitar á cientos de kilómetros unos de otros. El Beduino sabe contenerse, consecuencia de la dominación que debe ejercer incesantemente sobre sus apetitos, pero